

Una palabra

Me llamo Javert y soy un sumiller muy especial, tengo una cata de aromas en la biblioteca de los perfumes. Llevo mi pañuelo de esencias que me abraza el cuello, este tejido es de seda de recuerdos y sabores de esperanza, es una prenda especial que cada día muestra una textura según mi estado de ánimo, hoy es suave y tierno.

A la hora precisa, llega puntual como un eclipse mi transporte a la puerta de mi madriguera de conejo, es una margarita enorme tirada por cuatro ciempiés. El cochero Oruga con chistera, lanza un saludo y me facilita la entrada al carruaje, al instante nos ponemos en marcha a gran velocidad, tal vez demasiada. Intento leer el discurso del evento de esta noche, quiero revisar cada espacio en blanco que tengo que leer, aunque las repetidas sacudidas de mi transporte hacen imposible la tarea. Tirando de un cordel un par de veces que hace sonar una campanilla hago saber al cochero de que reduzca la velocidad roja de carreras a la verde de paseo.

Aun así tardamos demasiado poco y apenas me da tiempo a releer nada.

Llegamos al Jardín de las Esencias Pérdidas, me esperaban claro: la Reina de Copas, su corte y pajes, gente vestida de sabores de naranja y chocolate; todos presentados como las velas de una tarta de cumpleaños. Daban ganas de soplar las velas.

Antes de bajar, abro mi cajita especial de catas y aspiro su contenido, al instante se despeja el ruido de mis fosas nasales y ya estoy listo para la degustación de aromas, cada flor me contara una historia, un secreto o una canción. Mi labor es determinar cuál de ellas se marchitará en el jardín, adornará una solapa, un jarrón, una petición de mano o implorar un perdón.

Con una reverencia y los saludos protocolarios, iniciamos el ritual. Al parecer esta vez no hacía falta un discurso, en realidad nunca ha sido necesario pero siempre lo traigo por si tengo la oportunidad de decir lo que pienso ¿y qué es?, pues tendrás que esperar a que me dejen leerlo.

La puerta son unas enredaderas de hebras de pelo de hadas, solo me acompaña el mayordomo de la Reina de Copas, el resto incluida la soberana se despidieron con prisa. No es agradable ver como realizo mi labor. El portón se cierra detrás sin queja alguna y nos dirigimos a la zona de las candidatas, solo se oyen ligeros murmullos asustados y los cánticos de las azucenas callan en cuanto pasó a su lado. Las petunias en cambio son más descaradas y me desafían con silbidos. Al pasar al lado de un grupo de tulipanes creo escuchar “asesino”, tomo nota pero hoy no les toca a ellos.

Hay una pequeña cabaña en medio del jardín, es de alabastro de color negro y gris. Con un tejado de cristal para dejar pasar la luz de las estrellas. Allí es donde llevan a las elegidas, las más parlanchinas, imaginativas o respondonas de todas las flores.

La aldaba de la entrada es pesada y fría, simula una raíz retorcida, al final de la misma incrustada una roma pieza de metal negro. Con tres llamadas que golpean el silencio del jardín, la puerta se abre sola en un lento suspiro.

La sala del interior es ovalada iluminada por las estrellas ¿acaso hay otra luz en este lugar? Sobre una mesa redonda y de hierro hay tres macetas decoradas con hermosas pinturas, los brotes que las habitan no están a la vista ya que para esta ceremonia se les tapa con un tupido velo, así ellas no se ponen de cháchara, no enredan los aromas en un sin sentido; demasiada caótica felicidad.

El mayordomo real que había sido mi sombra desde que llegué, me venda los ojos y me guía hasta el primer tiesto, apenas percibo el etéreo roce de la retirada de la capucha que lo cubre; al instante la fragancia viaja por mis fosas nasales y escucho en mi cabeza:

“Canto a la vida, todas los días anhelo la luz del sol que me ignora, en cambio mis hermanas brillantes son las que me saludan. Quiero salir de aquí y no depender de la buena señora que me riega y me cuida, me hace sentir inútil. Sacar las raíces del tiesto y correr hasta perder todos los pétalos. No quiero marchitarme siendo bella...”

- Cortarla, romper la maceta, quemar sus semillas. Esta es muy peligrosa.- Sentencié.
- Como deseáis sumiller. ¿No queréis saber que flor es?
- No cambiaré nada.

El aroma de la desdichada no dijo más, solo calló.

- Siguió.- Ordené.

Un olor dulzón esta vez y una voz adolescente que empieza a hablar desde todas las direcciones:

“Pero que bonita es y tú también, seguro que triunfas, ya la veo llorar de emoción cuando me recoja junto con mis hermanas, su sueño cumplido. Haré juego con su vestido de princesa de las nieves y la capa azul del príncipe sonriente. ¡Que guapos sois!”

- Esta, es perfecta para el evento de la semana que viene. Ya sabéis, la unión de la infanta de quince primaveras con el Rey de Bastos.

- Me temo que en el caso del futuro esposo ya solo contamos los inviernos que le quedan.- Replicó murmurando el mayordomo real.
- No seas insolente. Esta flor lucirá con sus hermanas en un enorme ramo, y será un triunfo absoluto.
- Así se hará. Solo queda una, permitidme.
- No es necesario...

El mayordomo real ignora mis palabras y retira el velo de la última. Mil olores me agarran, no hay voces, solo siento angustia, negrura, unas pastillas, una poesía rota, una canción infantil al revés interpretada.

Con un gesto de dolor me retiro la venda de los ojos y allí estaba la margarita deshojada por la pena, a su lado la rosa casadera en su mundo de hadas y por último una enorme dalia.

La dalia era la más hermosa que había visto, su perfume era ahora un dragón de nenúfares que me lanza a través del techo de cristal.

Todo gira.

El jardín me atrapa, los pétalos me sujetan en la caída. Escucho la voz de jazmín de mi madre, todo va a salir bien me dice y ahora la veo, vestida con hortensias como el día de su muerte.

- ¡Mamá! Quiero abrazarte pero mis muñecas vendadas sangran. No quiero mancharte.
- No debiste seguirme Javert.
- Mamá.

- Porque no me lees el discurso Javert, te hará despertar y volverás a donde debes estar.
- No puedo, no me dejan hacerlo.
- Hazlo o seguirás atrapado en este lugar para siempre.

En mi mano veo mi “discurso”, reconozco la serena caligrafía de mi madre en una única palabra escrita: “Vive”.

Entonces...

abrí los ojos de nuevo en aquella sala blanca,

ella ahogó un grito de alegría y el pequeño gritó ¡papi!

Olían a primavera.

Escrito por: Javier Cantalejo Carvajal.